

El análisis de clase marxista en la era de la precariedad y la flexibilidad¹

Jaime Aja Valle²; Eduardo Sánchez Iglesias³

Recibido: 13 de junio de 2018 / Aceptado: 5 de noviembre de 2018

Resumen. Las transformaciones del trabajo de las últimas décadas, caracterizadas por la precariedad y la flexibilización, suponen un desafío para el análisis de clase y para el análisis de raíz marxista. El objetivo de este artículo es construir, en debate con Marx, una propuesta de análisis que permita abordar estos cambios sociales. Para ello se revisan el concepto de clase de Marx, complicándolo, y aproximaciones contemporáneas que hacen uso de esa concepción en el análisis de la sociedad actual. Marx ofrece una concepción de clase interesante y útil pues enmarca el proceso de construcción de la clase social en un marco relacional de lucha política, económica y cultural. Consideramos que los procesos de transformación del trabajo hacen que cobren un mayor interés los análisis de clase centrados en las relaciones sociales de dominación y explotación.

Palabras clave: marxismo; análisis de clase; clase trabajadora; precariedad; flexibilidad.

[en] Marxist class analysis in the era of precarity and flexibility

Abstract. The transformations of the work during the last decades, characterized by precariousness and flexibilization, represent a challenge for class analysis and Marxist analysis. The main aim of this article is to make a proposal, in discussion with Marx's writings (on his 200th anniversary), which allows us to approach these social changes. We examine Marx's class concept, taking into account its complexity, and contemporary approaches that use that conception in the analysis of current society. Marx offers an interesting and useful class concept since it frames the process of construction of the social class in a relational framework of political, economic and cultural struggles. We consider that the processes of transformation of work make class analysis focused on the social relations of domination and exploitation more interesting.

Keywords: Marxism; class-analysis; working class; precariousness; flexibility.

Sumario. 1. El concepto de clase y la definición de clase obrera en Marx y Engels. 1.1 El concepto de clase social. 1.2. La definición de clase obrera. 2. Pensar las clases sociales con Marx: una propuesta de interpretación. 2.1. La concepción dialéctica del análisis de clase: interrelación entre clases, lucha de clases y análisis de clase. 2.2. Las relaciones sociales de producción, los individuos y los agregados de individuos. 2.3. Un eje con dos polos opuestos: capital y trabajo. 2.4. Fragmentación, lucha de clases y proceso de auto-constitución de la clase trabajadora. 3. Conclusiones. 4. Bibliografía.

¹ Los autores agradecen los comentarios y las sugerencias realizadas por Luis Ramiro Fernández, Araceli López Calvo y Antonio J. Antón Fernández.

² Universidad de Córdoba
Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades
jaime.aja@uco.es

³ Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Historia, Teoría y Geografía Políticas
esancheziglesias@ucm.es

Cómo citar: Aja Valle, J. y Sánchez Iglesias, E. (2020). El análisis de clase marxista en la era de la precariedad y la flexibilidad, *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 38(1), 145-165.

En las últimas décadas se han producido una serie de transformaciones de las condiciones de trabajo, la organización de la empresa y las relaciones laborales en los países más desarrollados. Estos cambios, que han estado caracterizados por la precariedad, la flexibilidad y la individualización, han desafiado ciertas propuestas del análisis de raíz marxista. En las siguientes páginas, nos proponemos pensar con Marx una propuesta de análisis de clase que nos sea útil en esta época, caracterizada por la precariedad social y laboral. Para ello, pretendemos recuperar las aportaciones de Marx y Engels en este campo y revisaremos las aportaciones de autores que, usando concepciones marxistas, iluminan aspectos del presente precarizado y flexible.

La influencia de la obra de Marx en el análisis de clase ha sido enorme. Durante décadas, en este y en otros campos, la teoría sociológica se ha construido en gran parte con o contra Marx (Jozyr-Kowalski, 1971; Ritzer, 1993). Sin embargo, generalmente se ha difundido una visión simplificada y, en ocasiones, deformada, del análisis de clase marxista, que apartaba la complejidad, riqueza y también las ambigüedades que encontramos en la obra de Marx (Rattansi, 1985). Frente a esto, vamos a realizar un somero recorrido por la obra de Marx y Engels para avanzar más allá de los tópicos preestablecidos, siguiendo el método de exposición por selección (Korsch, 1975).

A partir de este recorrido, nuestro objetivo es construir, en debate con Marx, un marco de análisis de clase que nos permita abordar las transformaciones sociales de las últimas décadas. Estos cambios han supuesto una ruptura con el modelo anterior de regulación del trabajo asalariado caracterizado por el dominio de la norma salarial de empleo estable y la imposición de la norma flexible o empresarial de empleo (Prieto et al., 2009), propia del modelo de acumulación flexible (Harvey, 1998). Estas transformaciones se enmarcan en un proyecto neoliberal cuya principal finalidad, según plantea Harvey (2007), ha sido restaurar el poder de clase de las élites económicas. En este contexto, crecientemente conflictivo, Marx nos ofrece una concepción interesante y útil pues sitúa el proceso de construcción de la clase social en un marco relacional de lucha política, económica y cultural. Esto le diferencia de otras perspectivas que se centran en la estructura de ocupaciones (De la Garza et al., 2007) y que trabajan en planos de análisis diferentes, aunque complementarios (Wright, 2015).

1. El concepto de clase y la definición de clase obrera en Marx y Engels

El primer problema al que nos enfrentamos es que Marx no nos proporcionó una definición cerrada de clase social, aunque el concepto estuviera tan presente en su obra. Realmente dedicó escaso tiempo a analizar este concepto en comparación con otras temáticas (Ritzer, 1993). Cuando falleció, el 14 de marzo de 1883, apenas dejó escritos cinco párrafos del capítulo 52 de la sección séptima del libro tercero de *El Capital*, capítulo que iba a estar dedicado precisamente a las clases en la sociedad.

En estas líneas, Marx nos habla de tres clases sociales: “los asalariados, los capitalistas y los terratenientes”, “propietarios de la mera fuerza de trabajo, los propietarios del capital y los propietarios de las tierras“ (Marx, 1970b: 1337). La base de

la configuración de las clases parece situarse en la fuente del ingreso, aunque esta afirmación se matiza en las líneas siguientes, pero desgraciadamente sin ofrecer más elementos que profundicen en estas definiciones.

No obstante, en su extensa obra encontramos múltiples referencias que nos ofrecen un concepto rico y complejo, aunque no exento de contradicciones. Seguiremos el orden cronológico para identificar los elementos más relevantes que configuran el análisis de clase en la obra de Marx y, a la vez, observar también su evolución (para lo que indicaremos el año de su primera publicación). Intentaremos delimitar dos cuestiones que surgen unidas: el concepto de clase y la definición de clase obrera. Distinguir una cuestión de otra es difícil en muchas ocasiones, sobre todo porque la definición de clase social está supeditada a la definición de la clase obrera, pero vemos necesario hacer esta delimitación para que unos debates no solapen a otros.

1.1. El concepto de clase social

En *Miseria de la filosofía*, publicada en 1847, Marx solo habla someramente de las clases, aunque con elementos muy interesantes que se repetirán en obras posteriores: el surgimiento de las clases está unido a la polarización por la transformación en trabajadores de la mayoría de la población y al surgimiento del enfrentamiento de clase contra clase, es decir a la propia lucha de clases (1987: 118–121). Estos conceptos no tienen un carácter exclusivamente económico, sino también político. Para la construcción de la clase obrera es fundamental el surgimiento de la “coalición” u organización de intereses que, partiendo de la defensa del salario, se ve facilitada por la concentración física de las personas trabajadoras.

Este proceso se resume en uno de los elementos más citados de esta obra, el concepto de “clase para sí”, es decir la clase que se autoconstruye en la lucha política:

Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. Los intereses que defienden se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política (Marx, 1987: 120).

Hay que subrayar que Marx no utiliza el concepto de “clase en sí” sino “clase para el capital”. En la misma obra insiste en que la constitución del proletariado como clase está unido al desarrollo de las fuerzas productivas en el seno de la burguesía y que la lucha contra el capital reviste un carácter político (1987: 81).

En *El manifiesto comunista*, escrito junto a Engels en 1848, encontramos el elemento central en la configuración de las clases: las relaciones de explotación que surgen tras la apropiación por parte de una minoría de los medios de producción, hecho que obliga a la mayoría a vender su trabajo (todavía en esta obra no se habla de fuerza de trabajo) para sobrevivir. De estas relaciones de explotación, que son colectivas y no individuales, surge la lucha de clases. En el capitalismo la lucha de clases se simplifica, se polariza en dos grandes clases opuestas: el polo de las personas explotadas, oprimidas y dominadas y el polo de las personas explotadoras, opresoras y dominadoras. “Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos

grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado” (Marx y Engels, 1975: 22). La polarización está acompañada, por tanto, de la simplificación y la desaparición de los grupos intermedios.

En *El manifiesto* se reafirman los elementos importantes en el proceso de construcción de la clase ya señalados: el número, la unidad, el conflicto con el contrario de clase y la organización (1975: 30–31).

Las tres obras sobre Francia plasman y profundizan en una definición compleja de clase, unida inseparablemente a las condiciones históricas concretas de la lucha de clases. Encontramos en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (publicado en 1852) quizás las reflexiones más completas y directas sobre el concepto de clase social:

Sobre las diversas formas de propiedad, sobre las condiciones sociales de existencia, se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los plasma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes (Marx 1975c: 276).

Las clases se asientan sobre la materialidad socioeconómica y, en consonancia con las relaciones sociales que mantiene, crean su identidad. Pero como veremos a continuación esta identidad no es un atributo secundario, sino un elemento central en la definición de clase:

En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que los distinguen en su modo de vivir, sus intereses y su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllas forman una clase (Marx, 1975c: 341).

Las condiciones para conformar una clase no se remiten sólo a ocupar una determinada posición económica, aunque sean un elemento fundamental de su conformación. Por eso, al referirse al campesinado en Francia durante la revolución de 1848 explica que, “por cuanto (...) la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase” (Marx, 1975c: 341).

A la importancia de la identidad, la comunidad y la organización, se añade otro elemento importante: la continuidad de las relaciones sociales que conforman las clases. Marx señala que una fuerte movilidad social impide la construcción plena de las clases. Tal es el caso de EEUU, “donde si bien existen clases, éstas no se han plasmado todavía, sino que cambian constantemente y se ceden unas a otras sus partes integrantes, en movimiento continuo” (1975c: 258).

En *El Dieciocho Brumario* vemos cómo se subrayan los elementos políticos, presentes en obras anteriores, y se añaden elementos culturales, pero sin olvidar la base económica. El mismo año en que publica su segunda obra sobre Francia, en su *Carta a J. Weydemeyer* (de 1852), Marx nos recuerda que “la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción” (1975g: 481).

Precisamente en el proceso de producción se centra Marx en *Teorías sobre la plusvalía* (publicada en 1862). Si en *El manifiesto* la polarización va acompañada de la simplificación de la estructura de la lucha de clases, en esta obra el desarrollo capitalista produce una mayor complejización, con la ampliación de las clases medias y la diversificación de las distintas clases. Para Marx (1980a), el aumento de la productividad lleva a reducir la necesidad de fuerza de trabajo, pero esto, bajo la lógica capitalista, no redundará en el aumento del tiempo de ocio, sino en el aumento de trabajadores improductivos (que no están definidos por el carácter mismo del trabajo que realizan sino por su papel en el proceso de acumulación). Lejos de estar en disolución, las clases medias crecen a medida que aumenta la productividad del trabajo, a la vez que la proporción (no necesariamente el número absoluto) de trabajadores productivos se reduce. Las clases medias cumplen además la función de sostenedoras del poder de la clase dominante (“los diez mil de arriba”, según la expresión utilizada en la época para referirse a la oligarquía):

Lo que [Ricardo] se olvida de destacar [es] el constante aumento de las clases medias, [situadas] entre los trabajadores, de una parte, y de otro el capitalista y el terrateniente, que [se hallan] en el centro y se extienden cada vez más, directamente alimentados en gran parte por el ingreso, que gravitan como una carga sobre la base trabajadora y que vienen a aumentar la seguridad social y el poder de los “diez mil de arriba” (Marx, 1980b: 527–528).

1.2. La definición de clase obrera

En *Miseria de la filosofía*, la constitución del proletariado como clase está unida al desarrollo de las fuerzas productivas en el seno de la burguesía y a que el proletariado dé a la lucha de clases un carácter político (Marx, 1987: 81). El desarrollo de las fuerzas productivas hace surgir la clase obrera como “clase para el capital”, pero es la lucha política la que la constituye como una “clase para sí”. El proceso de lucha de la clase trabajadora comienza conformando coaliciones económicas en defensa del salario; posteriormente la lucha se hace en defensa de las propias coaliciones, con lo que la lucha adquiere un carácter político (1987: 118–121). La organización y la lucha adquieren una importancia central en la constitución de la clase.

Si es *El Dieciocho Brumario* la que ofrece los acercamientos más directos al concepto de clase social, es *El manifiesto* la que nos brinda la definición más cerrada de proletariado: “El proletariado (es) la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta al capital” (Marx y Engels, 1975: 28). En línea con estas definiciones, en *Trabajo asalariado y capital* (publicado un año después, en 1849) se identifica trabajo asalariado y clase obrera (Marx, 1975a: 85–86).

En *El manifiesto* también se insiste en el proceso de construcción de la clase obrera que es una realidad de origen económico pero creada políticamente, para lo cual es fundamental la unidad, la organización y la lucha (Marx y Engels, 1975: 30–31). No aparece como una realidad social dada, y por eso el primero de los objetivos inmediatos de los comunistas es la “constitución de los proletarios en clase” (1975: 35).

En *La lucha de clases en Francia* (publicada en 1850) y *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (de 1852) se insiste en las condiciones políticas y también culturales para la conformación de una clase: comunidad e identidad, lucha y organización política. Frente al proletariado industrial, que se constituye en clase, el campesinado no ha recorrido ese camino, como ya hemos comentado, aunque ambos grupos se sitúan en la misma trinchera frente al capital. En *La lucha de clases*, Marx explica, refiriéndose al campesinado, que “su explotación se distingue del proletariado industrial solo por la forma. El explotador es el mismo: el capital. Individualmente, los capitalistas explotan a los campesinos por medio de la hipoteca y de la usura; la clase capitalista explota a la clase campesina por medio de los impuestos del Estado” (Marx, 1975b: 219). Esta dominación puede ser incluso más brutal que la ejercida sobre el proletariado urbano. Vemos también que la explotación por parte del capital no está unida exclusivamente al trabajo asalariado, sino que puede revestir otras formas, como la hipoteca, la usura o los impuestos. En la misma línea, en el primer libro de *El capital* (publicado en 1867), cuando habla de la transformación de la plusvalía y del reparto de la renta del suelo, al referirse al campesinado utiliza la expresión “los obreros que poseen medios propios de producción” (Marx, 1970a: 637).

En *Teorías de la plusvalía* (de 1862), Marx trata sobre la relación entre trabajo asalariado y trabajo productivo y no productivo. El carácter productivo no está definido por el carácter mismo del trabajo sino por su papel en el proceso de acumulación. Marx aclara que el mismo trabajo puede ser productivo si lo compra un capitalista por su valor de cambio e improductivo si lo compra un consumidor por su valor de uso (Marx, 1980a: 137). Sin embargo, las clases asalariadas comprenden amplios grupos más allá de los trabajadores manufactureros (1980a: 203); incluso, según constata con datos de 1862, en el industrializado Reino Unido el personal doméstico superaba en número a las personas ocupadas en las manufacturas (1980a: 183). Por otra parte, el trabajo asalariado considerado no productivo (“artistas, músicos, abogados, médicos, eruditos, maestros de escuela, inventores, etc.”) sufren una devaluación de sus condiciones laborales fruto de la competencia creciente (1980:199).

Clase obrera y clase asalariada vuelven a identificarse en *Salario, precio y ganancia* (publicada en 1865). El “salariado”, como sistema del trabajo asalariado, es la base de la explotación de clase. De esta manera, “la emancipación final de la clase obrera” solo se alcanzará con “la abolición definitiva del sistema de trabajo asalariado” (Marx, 1975e: 465). Al igual que en *Miseria de la filosofía*, la lucha por las condiciones laborales concretas y especialmente por el salario ocupa un lugar primigenio en el proceso de construcción de la clase trabajadora; por eso, la Ley de bronce del salario de Lassalle recibe un ataque feroz por parte de Marx. No obstante, la lucha económica es imprescindible pero no suficiente. Incluso para conseguir reformas económicas se hace necesaria la acción política externa, pues “en el terreno puramente económico de lucha, el capital es la parte más fuerte” (1975e: 461).

En el último capítulo de *El capital*, como hemos recordado al principio, se habla de clase asalariada, cuya fuente de ingresos fundamental es la venta de su fuerza de trabajo. Más allá de esta definición, que queda incompleta, en esta obra no se ofrece una definición cerrada de proletariado, clase obrera y clase asalariada, y los tres términos se utilizan de manera indistinta. Sin embargo, en gran parte del texto se sugiere la identificación entre proletariado y asalariado industrial y del transporte, es decir, aquellos trabajadores que crean plusvalor: “Si se considera el proletariado

como una máquina de producir plusvalía, también el capitalista es una máquina que se limita a capitalizar esa plusvalía” (Marx, 1970a: 633).

En otras partes del texto, al igual que en el último capítulo, clase obrera se identifica con aquellos que viven de vender su fuerza de trabajo, la cual es una mercancía peculiar. Como sabemos, el valor de la fuerza de trabajo viene determinado por los medios necesarios para su conservación y reproducción, es decir, de los medios de subsistencia; porque “el valor de toda mercancía está determinado por el tiempo de trabajo necesario para poder suministrarla en condiciones normales” (1970a: 179). Pero “el propio volumen de las llamadas necesidades naturales es, al igual que el modo de satisfacerlas, un producto histórico” (1970a: 177); porque “la fuerza de trabajo encierra, desde el punto de vista del valor, un elemento moral e histórico que la distingue de las demás mercancías” (1970a: 178). Además, la fuerza de trabajo, como mercancía, es inseparable de su vendedor, lo que pone al asalariado en una situación de dependencia en el mercado. Como dice Marx, “quien lleva al mercado su propia pelleja, solo puede esperar que le curtan” (1970a: 183).

En *El capital* se insiste en que la clase obrera no es una suma de individuos que venden su fuerza de trabajo, es un sujeto colectivo que encarna una relación social:

El trabajador, más que venderse a un capitalista individual, pertenece de lleno a toda la clase capitalista. (...) El proceso de producción capitalista considerado en su continuidad, o como reproducción, no produce solamente mercancía y plusvalía; produce y eterniza la relación social entre capitalista y asalariado (Marx, 1970a: 616-617).

En *La guerra civil en Francia* (de 1871), el campo de la clase trabajadora se amplía al identificar a “la inmensa mayoría que trabaja” en oposición a “los pocos que viven del trabajo ajeno” (Marx, 1975d: 567). Hablar de inmensa mayoría en ese momento histórico supone incluir al campesinado propietario. En el mismo año, en la *Carta de F. Bolte*, nos ofrece de nuevo información interesante sobre la dimensión política del proceso de constitución de la clase obrera. En oposición a los seguidores de Lassalle, Marx (1975h) argumenta que lucha económica, lucha política y organización se interrelacionan. De hecho, “la clase obrera actúa como clase” cuando desarrolla un movimiento independiente (y, por tanto, político) y crea su propia organización.

Engels, en su trabajo independiente, parece más dispuesto a ofrecer una definición más cerrada de clase obrera. La clase está definida por su desposesión económica y la necesidad de vender la fuerza de trabajo. De esta manera, en *Contribución al problema de la vivienda* (publicada en 1873), la clase obrera es sinónimo de “clase desposeída, una clase que no tenga otra cosa que vender sino su fuerza de trabajo y que, por consiguiente, esté obligada a vender esta fuerza de trabajo a los capitalistas” (Engels, 1975a: 609). En 1877 en *Carlos Marx* (Engels, 1975c), en el prólogo de 1888 a *El manifiesto* y en la introducción de 1891 a *Trabajo asalariado y capital* (Marx, 1975a), se expresa en términos similares. Sin embargo, en *Del socialismo utópico al socialismo científico*, publicado en 1880, la aparición del proletariado está unida al surgimiento de la gran industria (Engel, 1975b). En la misma línea, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (publicada en 1886), Engels habla de tres clases (al igual que Marx en *El Capital*) y señala

que el proletariado y la burguesía tendrían un origen común: el cambio en el modo de producción, con el paso del artesanado a la manufactura y de la manufactura a la gran industria (1975e).

2. Pensar las clases sociales con Marx: una propuesta de interpretación

Este recorrido, aunque somero, da una imagen de la riqueza y la complejidad de los conceptos de clase social y clase obrera en Marx. Sin embargo, generalmente se le atribuye una concepción más simplista (Carrera, 2003; Rattansi, 1985). También hemos señalado elementos que evolucionan y que, en ocasiones, se contradicen. Antes de proponer una propuesta de interpretación, debemos afrontar la duda de si realmente existe una única concepción de clase y clase obrera en Marx o si las contradicciones son de tal magnitud que impiden observar un modelo coherente. Rattansi (1985) señala la evolución existente en el análisis de clase de Marx hacia un marco más sofisticado, aunque no exento de ambigüedades, respecto al señalado en textos más tempranos como *La ideología alemana*, *La miseria de la filosofía* y *El manifiesto comunista*. La visión reduccionista antes comentada se basaría, según argumenta Rattansi, en citas de estas obras y no tendría en cuenta las aportaciones más maduras de Marx.

Como sabemos, Althusser (1971) planteaba que en la obra de Marx existía una ruptura epistemológica entre su etapa juvenil (ideológica) y su etapa madura (científica). *La ideología alemana*, publicada en 1845, es una de las obras (junto a las *Tesis sobre Feuerbach*), que marcan esa ruptura, pero sin romper del todo con el periodo anterior. *La miseria de la filosofía*, de 1847, y *El manifiesto comunista*, de 1848, se situarían en el periodo de maduración, que comprendería hasta 1857. Volviendo al análisis de clase, Rodríguez (2012) al analizar *El manifiesto* nos alerta de que tiende al “tecnicismo”, al situar en el desarrollo de las fuerzas productivas el motor de las transformaciones colectivas; además de que no aparecen de forma explícita algunos elementos que fueron desarrollados posteriormente, por ejemplo, se habla de explotación pero no de extracción de plusvalía y de trabajo pero no de fuerza de trabajo.

Gouldner (1983) plantea que existen dos tendencias contradictorias en el marxismo: una como crítica y otra como ciencia, que es la que tiende a imponerse. Subraya que no hay contradicción entre Marx y Engels, sino que las contradicciones se producen dentro del marxismo, entre las dos pulsiones señaladas.

Sin llegar a proclamar una ruptura epistemológica en la obra de Marx respecto al análisis de clase, sí es evidente la evolución en el planteamiento y que no existe una definición única de clase y clase obrera. Pero esa evolución no es lineal, sino que parecen convivir varias concepciones unidas a diferentes líneas de investigación y de lucha. Podemos, también, percibir dos pulsiones que pueden representar dos peligros: el determinismo de la tendencia economicista y el voluntarismo de la tendencia político-culturalista. Sin embargo, sí consideramos que existen elementos que nos ofrecen un marco coherente de análisis de clase. Para elaborar esta propuesta, no se trata de interpretar a Marx en su momento ni trasplantarle al momento actual, sino pensar con Marx el momento actual, como dice Wallerstein (1988: VIII). Veamos los distintos elementos que pueden constituir este marco de análisis que nos ayude a entender el momento actual, marcado por la precariedad y la flexibilidad.

2.1. La concepción dialéctica del análisis de clase: interrelación entre clases, lucha de clases y análisis de clase

La primera consideración que hemos de hacer es que, en el enfoque marxista, las clases, la lucha de clases y el propio análisis de clase están interrelacionados y se desarrollan unidos. En su obra observamos que las clases se desarrollan en procesos de lucha política y económica. Wallerstein (2004) subraya que las clases son estructuras que evolucionan y mudan su ropaje ideológico, que deben ser entendidas dialécticamente. El carácter dialéctico de la realidad social incide en la mutua dependencia y constante transformación de los procesos sociales (Ollman, 2008). Las clases sociales se construyen y evolucionan en su relación y enfrentamiento con otras clases; es decir, “las clases no son anteriores a la lucha de clases, sino que es la lucha de clases quien distribuye a las clases y a sus agentes” (Rodríguez, 2012: 133).

La concepción dialéctica marca el contenido y también la agenda de la investigación sobre las clases, porque la dialéctica no solo es un método de análisis, sino que también es una praxis (Kovel, 2008). Para Ollman (2008), Marx se centra particularmente en la relación entre acumulación de capital y lucha de clases por ser los elementos distintivos de la sociedad capitalista y, por tanto, claves para entender su transformación. En esta línea, Azeri (2015) afirma que el concepto de proletariado es inseparable de la lucha por cambiar la realidad social: para la clase obrera, convertirse en una clase para sí es actuar como una clase revolucionaria.

Wright nos recuerda, utilizando una consigna del movimiento obrero norteamericano, que “la conciencia de clase es saber en qué lado de la barrera estás; el análisis de clase es comprender quién está de tu lado” (2015: 164). Es decir, en el análisis marxista el objetivo es identificar alianzas sociales. De esta forma, la atención se ha desplazado en función de las preocupaciones políticas del contexto histórico y concreto. Para Marx, Engels y la primera generación de pensadores marxistas, siguiendo la clasificación de Anderson (1979), la preocupación principal del marxismo fue analizar las relaciones del proletariado industrial con el campesinado y la pequeña burguesía. Para la segunda generación, el interés se desplaza a las posibles contradicciones internas dentro de la clase obrera que empiezan a cobrar protagonismo a raíz de la crisis de la II Internacional (Lenin, 1979a, 1979c). En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la preocupación se centra en los sectores intermedios, especialmente la denominada nueva clase media, compuesta por profesionales y personal técnico asalariado (Wright Mills, 1961). La feminización de la clase trabajadora y los enfrentamientos raciales hacen que la atención se dirija a la relación entre clase, género y etnia (Davis, 2004). Como vemos, el análisis evoluciona en función de las prioridades políticas. El riesgo de la unión de análisis y práctica política se sitúa en la simplificación que tiende a identificar todos los sujetos o actores políticos con las clases sociales, explicando los primeros en base únicamente a los segundos (Caínzos, 1989b).

2.2. Las relaciones sociales de producción, los individuos y los agregados de individuos

La concepción dialéctica de clases significa que nuestro objeto de análisis son las relaciones sociales, definidas históricamente, según la situación concreta, y que evolucionan constantemente. En este punto tenemos que abordar el papel de los indi-

viduos, la cuestión de la relación entre agencia y estructura y los problemas para analizar las clases de esta manera.

Para Ollman, estudioso de la alienación, en Marx las clases son producto de la actividad de los seres humanos y toman “el carácter de una entidad independiente”, o dicho de otro modo son relaciones sociales reificadas (1976: 205). Pero eso no significa que los individuos sean sujetos pasivos de la historia. Los seres humanos “hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado” (Marx, 1975c: 250). En esta línea, Marx criticaba a Proudhon por dogmático y doctrinario al no ver que las relaciones sociales y las ideas sobre estas eran creaciones de los seres humanos y, por tanto, eran realidades históricas (1987: 140).

Esto no implica que las realidades individuales puedan reducirse a las relaciones sociales de clase, como insisten los críticos del marxismo, sino que se subrayan los condicionantes sociales y económicos de las “vidas personales” (Ollman, 1976: 120–126). En el análisis de las relaciones sociales económicas, como en *El capital*, se priorizan los elementos externos y cosificados, quedando fuera del análisis en este caso los comportamientos individuales: “No se trata aquí de personas sino en la medida en que son la personificación de categorías económicas. Los sustentadores de determinados intereses y relaciones de clase” (Marx, 1970a: 4). Pero esto no significa que el estudio de la actividad humana se reduzca a esto, como insiste Ollman. Wallerstein (Curty, 2017) plantea que es necesario analizar la dialéctica entre agencia y estructura desde una perspectiva histórica: el determinismo prevalece en las épocas de estabilidad, mientras que las crisis estructurales son el momento del “libre albedrío”.

Sobre el análisis concreto de la realidad, Lukács (1970) distingue el análisis marxista, que toma como base las relaciones sociales de producción y analiza la sociedad como una totalidad, frente al análisis del “individuo histórico empírico”, que caracteriza a las ciencias sociales dominantes. Para Wright (2015), los distintos análisis de clase trabajan sobre distintos niveles: el análisis de la estratificación analiza los atributos de clase individuales que inciden sobre los niveles de bienestar económico; el análisis weberiano la situación con respecto a las relaciones de mercado que a su vez inciden sobre los conflictos de tipo distributivos; y el análisis marxista la situación respecto a las relaciones de dominación y explotación que causan el conflicto sobre la producción.

Desde sus obras más tempranas, Wright insistía en esta diferenciación que nos es muy oportuna para comprender el análisis de clase. Primero, Wright (1979) distinguía entre dos grandes familias de análisis: los que se basaban en graduaciones y los que se basaban en relaciones sociales, como el análisis marxista. Segundo, Wright diferenciaba el análisis marxista del análisis de las ocupaciones, hasta afirmar que “dentro de la teoría marxista, (...) es imposible definir clases como grupos de ocupaciones; la clase y la ocupación ocupan espacios teóricos básicamente diferentes” (1980a: 178). Lamentablemente, se ha producido una falta de métodos y datos adaptados a la teoría, lo que ha llevado a una desconexión entre las investigaciones marxistas teóricas y las empíricas (Caínzos, 1989b).

Sin embargo, para realizar nuestros análisis en la mayoría de las ocasiones solo disponemos de datos individuales. Los datos de ocupación solo nos permiten un acercamiento impreciso, por la gran variabilidad dentro de las categorías, como

plantea Braverman (1975). Además, la flexibilidad y la precariedad han debilitado el acercamiento a través de las categorías ocupacionales al menos de tres maneras: Primero, en la nueva empresa flexible las categorías se han roto, generándose grandes diferencias internas (Boltanski y Chiapello, 2002). Segundo, ha generado una mayor y más rápida movilidad entre las categorías (Antón, 2006). Y tercero, ha roto la homogeneidad ocupacional de las familias, por lo que un análisis basado en este tipo nos puede llevar a considerar que en una misma familia sus miembros pertenezcan a tres o cuatro “clases” distintas. En la actualidad, los procesos de transformación de la organización del trabajo hacen que cobre un mayor interés los análisis de clase centrados en las relaciones sociales de dominación y explotación.

2.3. Un eje con dos polos opuestos: capital y trabajo

El análisis de clase marxista se centra en las relaciones sociales de explotación y dominación en la producción (Wright, 2015), relaciones conflictivas, en que no hay una existencia de las clases previa a la lucha de clases (Althusser, 1974: 33–34). Pero tenemos que tener en cuenta el carácter consustancialmente conflictivo de las relaciones sociales, para no caer en el error de asociar conflicto a clase, lo que nos lleva a considerar que cualquier relación social es generadora y constructora de clases (Caínzos, 1989a). En este caso se trata de las relaciones de explotación ancladas en el modo de producción capitalista, que constituyen la base material de la lucha de clases y, por tanto, de las clases mismas (Althusser, 1971: 35).

En las obras de Marx y Engels, el conflicto de clase toma la forma de una contradicción dialéctica. Es decir, se trata de una relación entre dos opuestos unidos (Bermundo Ávila, 1976). En concreto, Iliénkov (1982) afirma que “su vínculo real se basa en el hecho de que cada uno de ellos tiene un rasgo económico que el otro carece, que sus definiciones económicas son diametralmente opuestas”.

El rasgo económico diferenciador sería el control o no de los medios de producción o, en un sentido más amplio, medios de vida (Narotzky, (2004). Veamos cómo se definen cada uno de los dos polos. En la obra de Marx y Engels vemos que en ocasiones la clase capitalista queda definida por la propiedad de los medios de producción (1975: 21), aunque en *El capital* se avanza en la distinción entre control y propiedad de los medios de producción (Rattansi, 1985). Para Poulantzas (1974), los capitalistas tendrían la propiedad económica, que no tiene que coincidir necesariamente con la propiedad jurídica, y la posesión de los medios de producción, es decir, la capacidad de ponerlos en acción. Esta distinción entre propiedad jurídica y posesión económica, en ocasiones olvidada, es especialmente importante en una época como la nuestra en la que se produce un salto en el poder de los directivos (Harvey, 2007), que se traduce en un boom de su remuneración y un asalto al poder político (Boyer, 2014).

Wright amplía y desarrolla los criterios de análisis, con lo que alcanzamos una mejor comprensión tanto de los polos como de las posiciones intermedias. De esta manera, la clase capitalista ocuparía una posición de dominación o control respecto al capital monetario, capital físico y la fuerza de trabajo, las tres dimensiones de las relaciones de producción (Wright, 1976, 1979, 1980a, 1980b); o, dicho de otra manera, es la propietaria de los medios de producción que compra y controla la fuerza de trabajo de otros (Wright y Perrone, 1977). En su trabajo posterior, Wright modifica los criterios de análisis, desplazando la centralidad de la dominación por la

de la explotación (1989; 1985), siguiendo la concepción de Roemer (1989). Pero, en la cuestión que nos ocupa, esto no modifica la definición de la burguesía, clase que controla los bienes de producción, incluida la fuerza de trabajo.

La definición de clase trabajadora resulta más controvertida, pues en la obra de Marx y Engels hemos visto distintos criterios económicos. Clase obrera aparece normalmente definida como aquella que, por carecer de medios de producción, se ve obligada a vender su fuerza de trabajo. De esta forma, las dos clases sociales se corresponden con las dos categorías económicas de “capital” y “trabajo asalariado” (Korsch, 1975). Clase trabajadora se identificaría con la mayor parte del asalariado (Vólkov et al., 1983), aunque con divisiones internas que conforman agrupaciones con carácter de clase (Bauman, 1975) o fracciones de clase (Harnecker, 1975).

Sin embargo, en otras ocasiones clase trabajadora aparece ligada al trabajo productivo o simplemente al trabajo industrial, en una definición más estrecha. En los tiempos de Marx y Engels, e incluso en la época de las dos primeras generaciones de teóricos marxistas, el asalariado moderno y las formas capitalistas de trabajo colectivo se concentraban en la industria. El proletariado industrial, por su situación en la producción, formas de organización del trabajo, concentración y número, se considera que ocupa un papel destacado (Harnecker, 1975; Lenin, 1979b).

Poulantzas (1974; 1975) nos ofrece la concepción más estrecha de clase trabajadora, que identifica como el asalariado productivo, en línea con la definición de proletariado como “una máquina de producir plusvalía” (Marx, 1970a, p. 633). De esta forma, los asalariados no productivos, cuya “explotación se hace por la extorsión directa del sobretrabajo y no por la producción de plusvalía” (1974: 50), formarían parte de la “nueva pequeña burguesía”. Meikins (1981) critica este esquema y sitúa el elemento determinante en la explotación del trabajo por el capital y no en el carácter productivo o no del trabajo, pues la explotación capitalista es un sistema complejo de relaciones, que no se limita al proceso productivo.

Para comprender este proceso complejo, Rattansi diferencia entre explotación y dominación: “En el capitalismo, (...) el trabajo excedente se apropia como plusvalía o como provisión de tiempo de trabajo excedente, y esto puede identificarse como explotación de clase; el capitalismo también implica el control del capital sobre el proceso de trabajo y, por lo tanto, sobre el trabajo mismo (esto es dominación de clase)” (1985: 662). Wright (2015), en sus últimos trabajos, también entrelaza ambos conceptos de explotación y dominación para describir la clase trabajadora.

En el momento actual, el trabajo ha vivido y vive una profunda transformación respecto a la concepción propia de la sociedad industrial, que lleva a hablar de la metamorfosis (Gorz, 1997) o una nueva morfología del trabajo (Antunes, 2009). Estos cambios suponen un reto (y una oportunidad) para el análisis de clase marxista, dada la centralidad del concepto de trabajo, y han sido abordados por distintas investigaciones ampliando el marco de análisis marxista. De la Garza (2000, 2009) nos señala varias claves para entender esta transformación: la difusión de formas de trabajo consideradas anómalas en los países desarrollados, la ruptura de las ocupaciones y del concepto de jornada de trabajo, la extensión del trabajo inmaterial, la mayor importancia de los aspectos intelectuales y subjetivos del trabajo, el desgajamiento de los “servicios productivos” respecto de la industrial, la proliferación de entornos virtuales de trabajo, etc. En la economía de la información, el proceso de creación de valor se amplía, incluyendo el tiempo de vida en general, pasamos del obrero masa al obrero social, de la centralidad de la

fábrica a la centralidad de la “fábrica social generalizada”; pero el modo de producción capitalista continúa asentándose en la apropiación de la plusvalía: (Arriola y Vasapollo, 2005; Vasapollo, 2004). La creciente importancia de lo inmaterial y lo subjetivo amplía la contradicción entre las fuerzas productivas (la vida en sí misma) y las relaciones de producción capitalistas (Fleming, 2014). En la “factoría social del capitalismo neoliberal” (Fleming, 2015), el trabajo capitalista tiende a colonizar todos los aspectos de la vida, dando lugar a lo que Fleming denomina “bio-proletariado” (2013).

En el concepto de trabajo, otro cambio fundamental es la interrelación entre trabajo y reproducción social de la fuerza de trabajo (De la Garza Toledo, 2000, 2009). La concepción del trabajo actualmente va más allá de las relaciones de empleo, incluyendo las “relaciones sociales productivas y reproductivas en el proceso de reproducción material de una sociedad” (Narotzky, 2004: 61). En esta definición, para Narotzky el concepto central son los medios de subsistencia necesarios para la reproducción social, medios que se obtienen a través del trabajo reproductivo en sentido amplio, siendo el trabajo productivo una dimensión de este.

Engels se adelantó a los debates de la época al equiparar trabajo productivo y reproductivo como factores materiales decisivos (1975d: 178). Narotzky (2004) subraya el interés del concepto de reproducción social de Marx, especialmente la vinculación de la producción con las relaciones sociales que regulan el reparto de lo producido. Pero señala también la limitación que supone acotar la reproducción social a la producción industrial. Por eso la antropóloga propone seguir el “espíritu” del análisis de la producción en Marx sin limitarnos a la “letra”.

Porque “no es la separación de los medios de producción la que empuja a las personas a integrarse en relaciones explotadoras con el capital, sino la separación de los medios de reproducción de su medio de vida” (Narotzky, 2004: 302–303). Amplios grupos sociales se ven empujados a estas relaciones de explotación: los trabajadores asalariados en el mercado de trabajo, pero también los trabajadores por cuenta propia a través del mercado financiero o el mercado de productos. Incluso, subraya Narotzky, las relaciones sociales que no dependen directamente del mercado también se convierten en capitalistas, en la medida que dependen de relaciones de explotación capital/trabajo. Esta concepción se asemeja más a la contradicción entre “la inmensa mayoría que trabaja” y “los pocos que viven del trabajo ajeno” que Marx plantea en *La guerra civil en Francia* (1975d: 567).

2.4. Fragmentación, lucha de clases y proceso de auto-constitución de la clase trabajadora

La concepción de la confrontación dialéctica entre capital y trabajo que caracteriza el análisis marxista de clase invita a que nos preguntemos cómo entender la significación de las clases medias, los procesos de segmentación de la fuerza de trabajo y, en la actualidad, los procesos de precarización. Una de las principales críticas que ha recibido el análisis de clase marxista ha sido que se le atribuye una identificación entre la polarización dialéctica entre capital y trabajo y la homogenización social en torno a los dos polos (Rattansi, 1985). En *El manifiesto* (Marx y Engels, 1975) se plantea la tendencia a la concentración en torno a las dos clases y la desaparición de las clases intermedias, entendidas como “clases de transición”, unidas a antiguas relaciones de producción que tienden a desaparecer (Harnecker, 1975: 187). Sin embargo, en

la obra posterior de Marx y Engels encontramos una ruptura evidente con este planteamiento, por ejemplo, en *Teorías de la plusvalía* (1980b) y en *El Capital* (1970a).

Para Marx la división de clases no aparece de una forma pura, existen grupos intermedios, pero se centra en el estudio de los grupos fundamentales, producto de la tendencia a la separación constante entre medios de producción y trabajo (Marx, 1970b: 1337). Tanto en *El manifiesto* (Marx y Engels, 1975) como en la *Crítica del programa de Gotha* (Marx, 1975f), Marx y Engels critican la tesis de Lasalle de que las clases medias siempre son reaccionarias, idea que en la práctica legitimaba las alianzas con la nobleza feudal frente a la burguesía (Marx, 1975f: 19).

Bauman (1975), en sus obras marxistas, utiliza el concepto de “clases no fundamentales” de Hochfeld, en vez del concepto de “clases en transición”, preferido por Marx. Parte de que las relaciones sociales no son puras sino mixtas, es decir, conviven diversas formaciones sociales, aunque una de ellas sea la dominante. Hochfeld prefiere esta denominación a la de clases en transición, porque realmente todas las clases se transforman en el proceso histórico, es decir, todas están en transición, y porque no hay evidencia histórica de la desaparición de los polisistemas y la total identificación del régimen económico con el modo de producción predominante (Hochfeld citado en Bauman, 1975: 51).

Rattansi (1985) identifica en *El Capital* cuatro tendencias de crecimiento de grupos sociales que pueden ser identificados como “nueva clase media”: funcionarios ideológicos y políticos, comerciantes, profesionales y técnicos administrativos y personal del sector financiero. Wallerstein explica que “la apropiación de plusvalor tiene lugar de forma que no son dos, sino tres, los participantes en el proceso de explotación” (2004: 293). Una estructura abiertamente polarizada tiende al desequilibrio permanente, mientras que un estrato intermedio proporciona equilibrio; por esta razón, las clases dominantes promueven la existencia de estas clases medias mientras que las clases oprimidas que aspiren a la emancipación intentan hacer más claro y abierto el enfrentamiento. Es tal la importancia de esta cuestión que para Wallerstein centra la lucha de clases.

Las obras de Marx y Engels plasman la fragmentación dentro de la clase trabajadora de tal manera que, para Rattansi (1985), la estratificación de la fuerza de trabajo aparece como una tendencia crónica del capitalismo. La tendencia a la fragmentación puede observarse en *El Capital*, especialmente en las páginas dedicadas a la ley general de acumulación del capital (Marx, 1970^a: 651–751). Incluso en *El manifiesto*, la obra que más tiende a ligar polarización y homogenización, plantea que la principal tarea de los comunistas es la unión y la constitución del proletariado (Marx y Engels, 1975: 35), que no se da como algo dado.

Sin embargo, para criticar el análisis de clase marxista, se contraponen la fragmentación actual con la concepción, supuestamente marxista, de la clase trabajadora como un bloque monolítico (Caínzos, 1989b). Investigaciones marxistas como las de Gordon, Edwards y Reich (1986), sitúan el periodo de mayor segmentación laboral en la etapa denominada “fordista” (aunque ellos prefieren no utilizar esa denominación), tras un periodo de relativa homogenización de la fuerza de trabajo. La segmentación sería, en este análisis referido a Estados Unidos, una respuesta a la crisis económica y a la movilización obrera de los años 20 y 30, y se interrelacionaría con la discriminación racial y sexual existente. Para Gintis (1983), la fragmentación es un elemento normal que promueve el beneficio empresarial. La segmentación laboral favorece “la integridad del intercambio laboral”, es decir, la conversión de la

fuerza de trabajo comprada por el empresario en trabajo efectivo. El contrato de trabajo no asegura el control total del trabajador, por eso el capitalista utiliza incentivos salariales o de promoción, con una estructura de ocupaciones sofisticada que aumente el control de la fuerza de trabajo. El “maximizador de beneficios”, en la definición de Gintis, buscará reducir la formación de coaliciones entre trabajadores, reduciendo la influencia horizontal y de abajo a arriba. Para esto, podrá utilizar las diferencias basadas en el sexo, la raza y la edad para aumentar la distancia social entre iguales y la legitimidad de los superiores. De esta forma, “la fragmentación de la clase es un elemento normal de la extracción de plusvalía como un medio para asegurar el cumplimiento del intercambio laboral” (Gintis, 1983, p. 180).

La segmentación no surge con la fase de acumulación flexible, pero en esta etapa reúne características distintas que nos llevan a introducir el concepto de precariedad laboral. Desde un análisis marxista, no nos encontramos con nuevas formas de explotación, que continúan basándose en la obtención de plusvalía absoluta y relativa, pero sí nos encontramos ante nuevas técnicas (Lacalle Sousa, 2009). Bourdieu (1999a) explica que el efecto de la precariedad es doble: existe una “inseguridad objetiva” y sobre esta se asienta una “inseguridad subjetiva”. Es decir, las situaciones de precariedad (paro, temporalidad, etc.) también influyen sobre los trabajadores estables, que sienten el miedo a perder su trabajo. De esta forma, “la precariedad laboral permite nuevas estrategias de dominación y explotación, basadas en el chantaje del despido, que se ejerce actualmente sobre toda la jerarquía” (Bourdieu, 1999b, p. 131). Es decir, es un instrumento de control, al igual que la segmentación laboral (Gintis, 1983; Gordon et al., 1986), que se aplica transversalmente a todas las categorías; en definitiva, se trata de un instrumento de disciplina (Alonso y Fernández, 2009).

La precariedad fragmenta e individualiza, lo que dificulta la creación de identidades laborales (Antón, 2006). Sin embargo, como insiste Lacalle (2009), hay que recordar que la clase trabajadora siempre ha sido diversa. De la Garza *et al.* (2007) critican la identificación entre heterogeneidad y no-identidad: primero, los movimientos obreros más fuertes siempre han sido heterogéneos y así ha sido durante la etapa fordista, en que incluso dentro de las grandes empresas convivían una gran diversidad de ocupaciones y situaciones. Segundo, la diversificación se produce en paralelo a una interconexión cada vez mayor en cadenas globales de producción o comercialización. Hyman recuerda que “la construcción de identidad de clase siempre ha requerido un esfuerzo deliberado y precario” (1996: 19). En las relaciones capitalistas, caracterizadas por el desarrollo desigual y la fragmentación, las relaciones de solidaridad de clase surgen “en contra de todas las previsiones” (Hyman, 1991: 111). Aunque estas identidades de clase trabajadora perduran más allá de la transformación de las condiciones sociales, laborales y organizativas que las vieron nacer (Allen, 1984). Si, como dice Gintis (1983), toda forma de organizar la producción busca aumentar el control sobre la fuerza de trabajo y reducir la conciencia colectiva, podemos concluir que en el capitalismo la conciencia de clase surge en disputa con el modelo de organización, sea taylorista-fordista o flexible.

Para describir el proceso de constitución de la clase trabajadora suelen utilizarse los conceptos de “clase en sí” y “clase para sí” (Bauman, 1975; Harnecker, 1975), que Marx utiliza en *Miseria de la filosofía* (aunque realmente habla de “clase para el capital” en vez de “clase en sí”). Sin embargo, estos términos han recibido importantes críticas. Para Rattansi (1985), estos conceptos remiten a una concepción mecá-

nica y etapista de la toma de conciencia. Poulantzas (1975) considera que idealizan las relaciones sociales y que realmente los elementos económicos y políticos de las clases sociales se desarrollan como una unidad. Aunque Marx no regresa a estos términos después de 1847, su popularidad posterior quizás se deba a que subrayan que la constitución de las clases es un proceso complejo. La distinción entre clase-en-sí y clase-para-sí ayuda a entender los distintos componentes del concepto marxista de clase, pero confunde si lo entendemos como categorías cerradas.

En este punto, hemos de subrayar que el proceso de constitución de las clases se refiere a las clases dominadas: la clase obrera, principalmente, pero también el campesinado. En el capitalismo, el capital o la burguesía aparecen como clases sociales ya constituidas. La oposición de clase, en la polarización dialéctica que, como hemos visto, caracteriza el análisis de clase marxista, no se produce entre clases sociales de la misma naturaleza. En la dialéctica marxista la unidad de los contrarios no significa igualdad, sino interconexión (Iliénkov, 1982). Por esta razón, filósofos marxistas como Bermudo Ávila (1976) prefieren hablar de unidad de los opuestos en lucha más que identidad de los contrarios (como en la dialéctica hegeliana), dado que hablar de identidad puede generar confusión. El análisis de clase marxista prefiere hablar de clases sociales en concreto y no en abstracto, pues una definición general, común para todas las clases, pone en un segundo plano las relaciones de dominación y explotación.

3. Conclusiones

En el presente trabajo hemos intentando desbrozar y complejizar el análisis marxista de clase, identificar sus elementos distintivos y señalar aplicaciones para la situación actual. La concepción marxista de las clases sociales es económica y política, histórica y concreta, relacional y dialéctica. El análisis de clase marxista se centra en las condiciones de la lucha de clases, que se sitúan en el terreno de las relaciones sociales de dominación y explotación que causan el conflicto sobre la producción (Wright, 1979, 2015). El interés se centra en la lucha entre capital y trabajo, dado que es el elemento característico del capitalismo y la clave para transformarlo (Ollman, 2008). La lucha de clases se desarrolla en condiciones sociales e históricas concretas, que hacen que las definiciones de clase evolucionen y por eso no se ofrecen delimitaciones cerradas. Es un enfrentamiento asimétrico, en que los contrarios están unidos, pero no son idénticos (Bermudo, 1976; Iliénkov, 1982), lo que nos lleva a la conclusión de que cada clase tiene una naturaleza y un origen distinto.

Marx y Engels ligan la formación de la clase trabajadora a la existencia de una comunidad de intereses, la lucha económica y política contra un adversario común y la forja de la unidad y la organización sociopolítica (Marx y Engels, 1975; Marx, 1975a; 1975b; 1975c; 1987). En *El Dieciocho Brumario* destacan también la importancia de la cultura, la identidad común y la continuidad de las relaciones sociales (Marx, 1975c). Estas identidades de clase trabajadora perduran más allá de la transformación de las condiciones sociales, laborales y organizativas que las vieron nacer (Allen, 1984). Subyace en esta definición un proceso de constitución de la clase trabajadora; realmente de autoconstrucción, dado que son los propios miembros de la clase los protagonistas del proceso en que formación de la clase y lucha por la emancipación van unidos. Este elemento es importante subrayarlo en la situación

actual, en que una de las principales enseñanzas del neoliberalismo, desde una perspectiva marxista, es que no existe una “mayoría natural” dada, sino que es necesario disputar las identidades políticas (Hall, 1988).

La concepción marxista de clase no está exenta de contradicciones, como el debate entre homogenización y fragmentación. Como hemos visto, en las obras maduras de Marx la oposición entre capital y trabajo no tiende a la homogenización social en torno a los dos polos sino a una mayor complejidad y diversidad en el eje de la lucha de clases. La tendencia en el capitalismo es a la fragmentación (Rattansi, 1985), a la precariedad, que tiene un efecto desmovilizador y disciplinante. Frente a esta tendencia, se requiere un esfuerzo de unidad, esfuerzo que siempre ha sido deliberado y precario, como recuerda Hyman (1996).

En el momento actual, para entender la lucha de clases, hemos de ampliar nuestra concepción de trabajo, teniendo en cuenta que en el capitalismo tiende a colonizar todos los aspectos de la vida (Fleming, 2013). Es necesario comprender el trabajo más allá del empleo, incluyendo todas las relaciones que se producen en el proceso de reproducción material de los medios de subsistencia (Narotzky, 2004).

Los procesos actuales de transformación del trabajo hacen que cobre un mayor interés los análisis de clase centrados en las relaciones sociales de dominación y explotación. La precariedad y la flexibilidad, con la debilitación de las categorías socio-profesionales provocada por los cambios en la organización de la empresa (Boltanski y Chiapello, 2002) y la concepción conflictiva (y de clase) de la transformación neoliberal (Harvey, 2007) abren espacios fecundos, y retos, para el análisis de clase marxista.

4. Bibliografía

- Allen, P. T. (1984). The Class Imagery of “Traditional Proletarians.” *The British Journal of Sociology*, 35(1), 93. <http://doi.org/10.2307/590554>
- Alonso Benito, L. E. y Fernández Rodríguez, C. J. (2009). Usos del trabajo y formas de la gobernabilidad: la precariedad como herramienta disciplinaria. En E. Crespo, C. Prieto Rodríguez, y A. Serrano Pascual (Eds.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 229–258). Madrid: Editorial Complutense.
- Althusser, L. M. (1971). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- Althusser, L. M. (1974). *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*. Madrid: Siglo XXI.
- Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- Antón, A. (2006). *Precariedad laboral e identidades juveniles*. Madrid: GPS-Fundación Sindical de Estudios. <http://doi.org/84-9721-205-3>
- Antunes, R. (2009). Diez tesis sobre el trabajo del presente (y el futuro del trabajo). En J. C. Neffa, E. De la Garza Toledo, y L. Muñiz Terra (Eds.), *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales* (pp. 29–44). Buenos Aires: CLACSO.
- Arriola, J. y Vasapollo, L. (2005). *Flexibles y precarios : la opresión del trabajo en el nuevo capitalismo europeo*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Azeri, S. (2015). Marx’s Concept of Class: A Reconsideration. *Critique*, 43(3–4), 439–460. <http://doi.org/10.1080/03017605.2015.1099848>

- Bauman, Z. (1975). *Fundamentos de sociología marxista*. Madrid: Alberto Corazón.
- Bermundo Ávila, J. M. (1976). *Filosofía marxista. Manual de materialismo dialéctico*. Barcelona: Madrágora.
- Boltanski, L. y Chiapello, È. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (1999a). La mano izquierda y la mano derecha del Estado. En *Contrafuegos* (pp. 11–26). Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999b). El movimiento de los parados, un milagro social. En *Contrafuegos* (pp. 129–132). Barcelona: Anagrama.
- Boyer, R. (2014). *Los mundos de la desigualdad: un análisis a partir de la teoría de la regulación y una respuesta a Thomas Piketty*. Buenos Aires: Octubre.
- Braverman, H. (1975). *Trabajo y capital monopolístico*. México: Nuestro Tiempo.
- Caínzos López, M. Á. (1989). Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo. *Zona Abierta*, (50), 1–70.
- Caínzos López, M. Á. (1989). Clases, intereses y actores sociales: un debate postmarxista. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (46), 81–99.
- Carrera, N. I. (2003). *El concepto de clase obrera* (en línea). <http://www.iisg.nl/labouragain/documents/inigocarrera.pdf> [consulta 1 de mayo de 2018]
- Curry, G. (2017). Capitalism, Structural Crisis and Contemporary Social Movements: An Interview with Immanuel Wallerstein. *Critical Sociology*, 43(3), 331–335. <http://doi.org/10.1177/0896920517702084>
- Davis, A. Y. (2004). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Akal.
- De la Garza Toledo, E. (2000). Fin del trabajo o trabajo sin fin. En E. De la Garza Toledo (Ed.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo* (pp. 755–773). México: Colegio de México.
- De la Garza Toledo, E. (2009). Hacia un concepto ampliado de trabajo. En J. C. Neffa, E. De la Garza Toledo y L. Muñiz Terra (Eds.), *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales* (pp. 111–140). Buenos Aires: CLACSO.
- De la Garza Toledo, E., Celis Ospina, J. C., Olivo Pérez, M. A. y Retamozo Benítez, M. (2007). Crítica de la razón para-post moderna (Sennet, Bauman, Beck). *Revista Latinoamericana de Estudios Del Trabajo*, 12(19), 9–38.
- Engels, F. (1975a). Contribución al problema de la vivienda. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas I* (pp. 572–667). Madrid: Akal.
- Engels, F. (1975b). Del socialismo utópico al socialismo científico. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas II* (pp. 92-161). Madrid: Akal.
- Engels, F. (1975c). Carlos Marx. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas II* (pp. 162–173). Madrid: Akal.
- Engels, F. (1975d). El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas II* (1975th ed., pp. 177–345). Madrid: Akal.
- Engels, F. (1975e). Ludwig Feurbach y el fin de la filosofía clásica alemana. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas II* (pp. 377–425). Madrid: Akal.
- Fleming, P. (2013). A Working Death? Contesting Life Itself in the Bio-Political Organization. In *New Forms and Expressions of Conflict at Work* (pp. 48–65). London: Palgrave Macmillan. http://doi.org/10.1057/9781137304483_4
- Fleming, P. (2014). Review Article: When ‘life itself’ goes to work: Reviewing shifts in organizational life through the lens of biopower. *Human Relations*, 67(7), 875–901. <http://doi.org/10.1177/0018726713508142>
- Fleming, P. (2015). *The Mythology of Work: How Capitalism Persists Despite Itself*. London: Pluto Press.

- Gintis, H. (1983). La naturaleza del intercambio laboral y la teoría de la producción capitalista. En L. Toharia Cortés (Ed.), *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones* (pp. 157–191). Madrid: Alianza.
- Gordon, D. M., Edwards, R., y Reich, M. (1986). *Trabajo segmentado, trabajadores divididos. La transformación histórica del trabajo en Estados Unidos*. Madrid: Ministerio del Trabajo y Seguridad Social.
- Gorz, A. (1997). *Metamorfosis del trabajo*. Madrid: Sistemas.
- Gouldner, A. W. (1983). *Los dos marxismos. Contradicciones y anomalías en el desarrollo de la teoría*. Madrid: Alianza.
- Hall, S. (1988). *The Hard Road to Renewal. Thatcherism and the Crisis of the Left*. London: Verso.
- Harnecker, M. (1975). *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hyman, R. (1991). Estructura profesional, organización colectiva y militancia laboral. En C. Crouch y A. Pizzorno (Eds.), *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental a partir de 1968 II. Análisis comparativo* (pp. 69–116). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Hyman, R. (1996). Los sindicatos y la desarticulación de la clase obrera. *Revista Latinoamericana de Estudios Del Trabajo*, 2 (4), 9–28.
- Iliénkov, É. V. (1982). *The Dialectics of the Abstract and the Concrete in Marx's Capital* (en línea). <https://www.marxists.org/archive/ilyenkov/works/abstract/index.htm> [consulta 1 de mayo de 2018]
- Jozyr-Kowalski, S. (1971). Weber y Marx. En J. Sazbón (Ed.), *Presencia de Max Weber* (pp. 243–265). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Korsch, K. (1975). *Karl Marx*. Barcelona: Ariel.
- Kovel, J. (2008). Dialectic as Praxis. En B. Ollman y T. Smith (Eds.), *Dialectic for the New Century* (pp. 435–424). New York: Palgrave Macmillan. http://doi.org/10.1057/9780230583818_18
- Lacalle Sousa, D. (2009). *Trabajadores precarios, trabajadores sin derechos*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Lenin, V. I. (1979c). El imperialismo, fase superior del capitalismo. En *Obras escogidas I* (pp. 677–787). Moscú: Progreso.
- Lenin, V. I. (1979a). Una gran iniciativa. En *Obras escogidas III* (pp. 217–239). Moscú: Progreso.
- Lenin, V. I. (1979b). La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo. En *Obras escogidas III* (pp. 349–434). Moscú: Progreso.
- Lukács, G. (1970). *Historia y conciencia de clase*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Marx, K. (1970a). *El capital. Crítica de la economía política. Tomo I*. Madrid: EDAF.
- Marx, K. (1970b). *El capital. Crítica de la economía política. Tomo II*. Madrid: EDAF.
- Marx, K. (1975a). Trabajo asalariado y capital. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas I* (pp. 61–99). Madrid: Akal.
- Marx, K. (1975b). La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850. En K. Marx y F. Engel, *Obras escogidas I* (pp. 112–245). Madrid: Akal.
- Marx, K. (1975c). El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas I* (pp. 246–351). Madrid: Akal.

- Marx, K. (1975d). La guerra civil en Francia. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas I* (pp. 491–571). Madrid: Akal.
- Marx, K. (1975e). Salario, precio y ganancia. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas I* (pp. 410–465). Madrid: Akal.
- Marx, K. (1975f). Crítica del programa de Gotha. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas II* (pp. 5–42). Madrid: Akal.
- Marx, K. (1975g). Carta a J. Weydemeyer. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas II* (p. 481). Madrid: Akal.
- Marx, K. (1975h). Carta a F. Bolte. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas II* (pp. 495–497). Madrid: Akal.
- Marx, K. (1980a). *Teorías sobre la plusvalía I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1980b). *Teorías sobre la plusvalía II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1987). *Miseria de la filosofía* (10ª). México: Siglo XXI.
- Marx, K., y Engels, F. (1975). Manifiesto del Partido Comunista. En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas I* (pp. 13–55). Madrid: Akal.
- Meiksins, P. (1981). Productive and Unproductive Labor and Marx's Theory of Class. *Review of Radical Political Economics*, 13(3), 32–42. <http://doi.org/10.1177/048661348101300304>
- Narotzky, S. (2004). *Antropología económica: nuevas tendencias*. Barcelona: Melusina.
- Ollman, B. (1976). *Alienation* (Segunda). Cambridge: Cambridge University Press.
- Ollman, B. (2008). Why Dialectics? Why Now? In *Dialectics for the New Century* (pp. 8–25). London: Palgrave Macmillan. http://doi.org/10.1057/9780230583818_2
- Poulantzas, N. (1974). *Clases sociales y alianzas por el poder* (Segunda). Madrid: Zero.
- Poulantzas, N. (1975). *Poder político y clases en el Estado capitalista* (Tercera). Madrid: Siglo XXI de España.
- Prieto Rodríguez, C., Arnal Sarasa, M., Caprile Elola-Olaso, M., y Potrony Hernando, J. (2009). *La calidad del empleo en España: una aproximación teórica y empírica*. Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Rattansi, A. (1985). End of an Orthodoxy? The Critique of Sociology's View of Marx on Class. *The Sociological Review*, 33(4), 641–669. <http://doi.org/10.1111/j.1467-954X.1985.tb02443.x>
- Ritzer, G. (1993). *Teoría sociológica clásica*. Madrid: McGraw-Hill.
- Rodríguez Gómez, J. C. (2012). El Manifiesto y el pensamiento marxista. *Pensar Desde Abajo*, (1), 130–161.
- Roemer, J. E. (1989). *Teoría general de la explotación y de las clases*. Madrid: Siglo XXI.
- Vasapollo, L. (2004). Trabajo precario y nuevas pobrezas en la fase de la competencia global. *Filosofía, Política y Economía En El Laberinto*, (15), 14–29.
- Vólkov, G. N., Vodolázov, G. G., Poshatáev, V. V, Petrenko, F. F., y Pirogov, G. N. (1983). *Fundamentos de la doctrina marxista-leninista*. Moscú: Progreso.
- Wallerstein, I. M. (1988). *El capitalismo histórico*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. M. (2004). La formación de las clases en la economía-mundo capitalista. En *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos: un análisis de sistemas-mundo* (pp. 292–299). Madrid: Akal.
- Wright, E. O. (1976). Class Boundaries in Advanced Capitalist Societies. *New Left Review*, 98, 3–41.
- Wright, E. O. (1979). *Class structure and income determination*. New York: Academic Press.
- Wright, E. O. (1980a). Class and occupation. *Theory and Society*, 9(1), 177–214. <http://doi.org/10.1007/bf00158896>

- Wright, E. O. (1980b). Varieties of Marxist Conceptions of Class Structure. *Politics y Society*, 9(3), 323–370. <http://doi.org/10.1177/003232928000900303>
- Wright, E. O. (1985). *Classes*. New York: Verso.
- Wright, E. O. (1989). The comparative project on class-structure and class-consciousness: An overview. *Acta Sociologica*, 32(1), 3–22. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/4200730>
- Wright, E. O. (2015). *Understanding class*. Londres: Verso.
- Wright, E. O., y Perrone, L. (1977). Marxist Class Categories and Income Inequality. *American Sociological Review*, 42(1), 32–55. <http://doi.org/10.2307/2117730>
- Wright Mills, C. (1961). *Las clases medias en norteamérica*. Madrid: Aguilar.